



II

El torno.

En medio del taller de forja, especie de inmensa galería, imponente como un templo, donde la luz baja en franjas amarillas, donde la sombra de los rincones ilumina súbitamente con fulgores de incendio, y una enorme pieza de hierro fijo al suelo, ábrese como una boca siempre ávida, siempre en movimiento, para coger el metal candente que se trabaja á martillazos en medio de una lluvia de centellas. Es el torno.

Para comenzar la educación de un aprendiz, se le pone desde luego en el torno. Allí, manejando el pesado tornillo, lo que ya exige más fuerza de la que tienen los brazos de un niño, aprende á conocer el instrumental del taller, el manejo del hierro y la manera de trabajarlo.

¡El pobre Jack en el torno! Aunque yo estuviera buscando diez años una frase, no encontraría otra que expresara mejor la impresión de terror, de ahogo, de horrible angustia que le produce todo lo que le rodea.

En primer lugar, el ruido, un ruido espantoso, ensordecedor; trescientos martillos cayendo al mismo tiempo sobre el yunque; silbidos de correa, rodar de poleas, y todo el rumor de un pueblo en actividad; trescientos pechos anhelantes y desnudos que se excitan, lanzan gritos que no tienen nada de humanos, en una embriaguez de fuerza en que los músculos parecen crujir y la respiración perderse. Después, vagones cargados de metal candente que atraviesan la galería rodando sobre rails; el movimiento de los ventiladores al rededor de las fraguas, soplando fuego sobre fuego, alimentando la llama con el calor humano. Todo rechina, retumba, resuena, ladra, aúlla. Creeríase uno en el templo feroz de algún ídolo exigente y salvaje. En las paredes están colgadas filas de herramientas que parecen instrumentos de suplicio, garfios, tenazas, pinzas. Del techo penden pesadas cadenas. Todo esto, duro, fuerte, enorme, brutal; y al extremo del taller perdido en una profundidad sombría y casi religiosa, un martillo pilón gigantesco, levantando un peso de treinta mil kilogramos, deslízase lentamente entre sus dos montantes, rodeado del respeto, de la admiración del taller,

como el Baal reluciente y negro de aquel templo dedicado á los dioses de la fuerza. Cuando habla el ídolo, aquello es un ruido sordo, profundo, que estremece los muros, el techo y levanta torbellinos de polvo de hierro.

Jack está aterrado. Entrégase silenciosamente á su faena entre aquellos hombres que circulan alrededor de la prensa de machacar, medio desnudos, cargados de barras de hierro, cuya punta está hecha ascua, su doroso, velludo, saltando, retorciéndose, tomando ellos también en el intenso calor en que se agitan, flexibilidades de fuego rebeliones de metal ablandado por una llama. ¡Ah! Si franqueando el espacio, los ojos de aquella loca de Carlota pudieran ver á su hijo, á su Jack, en medio de aquella confusión lívido, descolorido chorreando sudor; sus delgados brazos al aire, su blusa y su camisa entreabiertas sobre su pecho delgado y blanquísimo; los ojos enrojecidos, la garganta inflamada por el polvo, ¡cómo se apiadaría y cómo le acometerían los remordimientos!

En el taller todos tienen un nombre de guerra, y á Jack le han puesto "el Azteca," á causa de su delgadez; y el lindo rubillo de otro tiempo está en camino de merecer este apodo, de llegar á ser el hijo de la fábrica, ¡queño ser privado de aire, agobiado de trabajo, sofocado, cuyo rostro se avieja á medida que su cuerpo se debilita.

—¡Eh, el Azteca duro ahí, muchacho! Aprieta el tornillo. Con fuerza. ¡Por vida de!...

Es la voz de Lebescam, que truená en medio de la tempestad de todos aquellos ruidos desencadenados. Este gigante negro, á quién Roudic ha confiado la pri-

mera educación del aprendiz, se interrumpe algunas veces para darle algún consejo y enseñarle á tener un martillo; el maestro es brutal; el niño es poco diestro. El maestro desprecia esta debilidad; el niño tiene miedo de esta fuerza. El hace lo que le dicen que haga, aprieta el tornillo lo mejor que puede. Pero sus manos están llenas de ampollas, desolladas, hasta darle fiebre y hacerlo llorar. Por momentos va perdiendo la conciencia de su vida. Le parece que forma parte é: también de aquella herramienta complicada, que es un instrumento entre los demás instrumentos, algo como una pequeña polea, sin conciencia, sin voluntad, girando, silbando con todo el engranaje, dirigido por una fuerza oculta, invisible que conoce ahora, que admira y teme: el vapor.

El vapor es el que mezcla en el techo de la galería todas aquellas correas de cuero que suben, bajan, se entrecruzan, correspondiendo á poleas, á martillos, á fuelles. El vapor es el que mueve el martillo-pilón y aquellos enormes aparatos, bajo los cuales el hierro más duro se adelgaza en virutas y en hilos torcidos, rizados como cabellos. El es el que incendia los rincones de la forja con un chorro de fuego; el que reparte el trabajo y la fuerza á todas las partes del taller. Su ruido sordo, su trepidación regular, es lo que ha conmovido tanto al niño á su llegada, y ahora le parece que no vive más que por él, que se ha apoderado de su aliento y ha hecho de él una cosa tan dócil como todas las máquinas que mueve.

!Terrible vida, sobre todo después de los dos años de libertad y de aire libre que acababa de pasar en las *Aulnettes*!

Por la mañana, á las cinco, lo llamaba Roudic: "¡Eh, pequeño!" La voz resonaba en toda la casa, hecha de tablas. Se comían un pedazo de pan de prisa, y comiendo se echaba un trago de vino servido por la bella Clarisa, que aún llevaba su cofia de dormir, y en seguida se marchaba para la fábrica, donde tocaba una campana melancólica, infatigable, que prolongaba su "dán...dán...dán..." como si hubiese tenido que despertar, no solamente la isla Indret, sino todas las costas vecinas, y el agua, y el cielo, y el puerto de Paimbref y el de Saint-Nazaire. Producíase entonces un pisotear confuso; una gran afluencia de gente en las calles, en los patios, en las puertas de los talleres. En cuanto pasaban los diez minutos reglamentarios, la bandera arriada, anunciaba que la fábrica quedaba cerrada para los rezagados. A la primera falta, á descuento de la paga; á la segunda, multa; á la tercera, expulsión definitiva.

El reglamento de D'Argenton, con todo su tipo feroz, era tortas y pan pintado comparado con aquél.

Jack tenía mucho miedo de llegar después de que bajasen la bandera, y generalmente estaba á la puerta mucho antes de que sonase el primer toque de campana. Un día, sin embargo, dos ó tres meses después de su entrada en la fábrica, la maldad de otros aprendices estuvo á punto de hacerle llegar tarde. Aquella mañana el viento soplaba por la parte del mar con esa alegría borascosa que toma cuando cuenta con espacio libre; precisamente en el momento en que Jack entraba en el taller, embistió á su gorra y allá se la llevó.

—¡Párala, párala! gritaba el muchacho, corriendo detrás de ella á lo largo de la calle, que estaba muy en

cuesta; pero en vez de cogerla, un aprendiz que pasaba dió un puntapié á la gorra y la echó muy lejos. Otro que venía detrás hizo lo mismo, y luego otro, y otro. La cosa se convirtió en un juego muy entretenido para todo el mundo, menos para Jack, que corría con todas sus fuerzas en medio de los gritos y de la chacota, de las risas y de las burlas, conteniendo las ganas que tenía de llorar, porque no se le ocultaba todo el odio hacia él que había en el fondo de aquella alegre algazara. Entre tanto, la campana daba sus últimos toques. El niño se vió obligado á cesar en su persecución y á volver de prisa y corriendo sobre sus pasos. Estaba desolado; ¡una gorra cuesta cara!... y tendría que escribir á su madre pidiéndole dinero. Pues, ¿y si D'Argenton veía la carta? Pero lo que más le desesperaba, era aquel odio que lo rodeaba, que se notaba hasta en las cosas más pequeñas. Hay seres que para vivir necesitan cariño, como algunas plantas necesitan el calor: Jack era uno de ellos. Mientras corría iba preguntándose á sí mismo: ¿Por qué? ¿Qué les he hecho yo?

Cuando llegaba sin alientos á la puerta, todavía abierta, oyó tras de sí el ruido de unos pasos pesados y dificultosos, el resoplido de un animal, y casi en seguida sintió que una mano se posaba en su hombro. Al volverse vió una especie de monstruo rojo que le sonreía, mostrándole al hacerlo un sinnúmero de arrugas, y que le devolvía la gorra que había recogido. Era la segunda vez desde que llegara á Indret, que Jack tropezaba con aquella sonrisa bondadosa, aquel semblante conocido ya. ¿Dónde la había visto por primera vez? ¡Ah, sí, caramba! en el camino de Corbeil. Era aquel buhonero que huía de la tormenta con un cargamento

de sombreros áuestas. Pero en aquel momento no tenía tiempo de reanudar su amistad. El vigilante de la puerta gritaba arriando ya la bandera:

—¡Eh, muchacho!... ¡Date prisa!

No tuvo tiempo más que para coger la gorra y dar las gracias á Belisario, que echó á andar, cojeando, la calle abajo.

En el trabajo, aquel día Jack se sintió menos triste, menos solo. Todo el tiempo le pareció estar viendo el hermoso camino de Corbeil, con sus parques, sus prados, el cochecillo del doctor volviendo á la caída de la tarde por en medio del bosque; y la frescura de los soñados prados del río entrevisto, allí en aquel infierno, le causaban sensaciones febriles, estremecimientos fríos, seguidos de un calor ardiente. Cuando salió, buscó á Belisario por todo Indret; pero el buhonero ya no estaba allí. Al día siguiente, al otro... nadie. Poco á poco, aquella fea visión que le recordaba tantas cosas hermosas, fué borrándose de su memoria lentamente, difícilmente, con el mismo paso pesado con que caminaba por la carretera. Cuando la visión se hubo borrado, Jack cayó de nuevo en su soledad.

En el taller no le querían. Toda reunión de hombres necesita una víctima, un ser contra quien se dirijan todas las ironías y todas las impacencias nerviosas del cansancio. Ese era el oficio de Jack en el patio de su fragua. Los otros aprendices, casi todos nacidos en Indret, hijos ó hermanos de obreros, estaban más protegidos y más libres, por lo tanto, de los malos tratos de la gente; porque ya se sabe que esas persecuciones sin respuesta ni protesta, se dirigen contra los débiles, los inofensivos, los inocentes. A él nadie lo defendía.

El capataz, opinando que decididamente era demasiado "delicadillo," había renunciado á ocuparse de él y le abandonaba á los caprichos tiránicos de toda una brigada de obreros. Además, ¿Qué había ido á hacer en Indret aquel parisiensito delicado que no hablaba como todo el mundo y que decía á los compañeros: "Sí, señor. . . gracias, señor?" Habían alabado mucho sus disposiciones para la mecánica; pero el Azteca no entendía nada de nada. Ni siquiera sabía colocar un remache. Pronto el desprecio excitó entre aquellas gentes cierta fría crueldad, el desquite de la fuerza sobre la debilidad inteligente. No pasaba un solo día sin que le hiciesen algo malo. Sobre todo, los aprendices eran feroces. Una vez uno de ellos le presentó un hierro calentado por la punta hasta el rojo oscuro: "Tú, Azteca, coge eso." Ocho días tuvo que estar en la enfermería. Y luego, las brutalidades, las torpezas de todos aquellos hombres, acostumbrados á cargar cosas de mucho peso y que no conocían la fuerza de sus borricadas.

Jack no disfrutaba un poco de descanso y de distracción más que el domingo. Ese día sacaba del cajón uno de los libros del doctor Rivals y se iba á leerlo á la orilla del río Loira.

Hay en el punto extremo de la isla un torreón viejo y ruinoso, que llaman la torre de San Hermelando, y que parece la garita de un centinela del tiempo de las invasiones normandas. Al pie de esa torre, en la hendidura de cualquier peñasco, se acurrucaba el aprendiz, con el libro abierto sobre sus rodillas, y el ruido, la magia, la inmensidad del agua delante de sí. El domingo echaba todas su campanas á vuelo, contando el paso ge-

neral y el descanso. Allá, lejos, pasaban barcos, y de trecho en trecho, muy lejos de él, se bañaban los muchachos, dando gritos y risotadas.

Leía pero á menudo los libros del señor Rivals eran demasiado profundos para él, iban más allá de la medida actual de su espíritu y no le dejaban más que una semilla de buen grano—por decirlo así,—que sólo más tarde germinaría. Cuando eso sucedía, se interrumpía, se quedaba pensativo, y se distraía con el golpear del agua en las peñas y con el movimiento regular de las olas que bajaban y subían. Ibase lejos, muy lejos de la fábrica y de los obreros; hacia su madre y hacia su amiguita, hacia los domingos de otros tiempos, mejor vestidos, más felices que los de ahora; hacia las salidas de misa mayor, los paseos de Etiolles, al lado de Carlota deslumbradora, los ratos de juego en la gran sala de la farmacia, en la cual el delantal blanco de la pequeña Cecilia lucía, haciendo resaltar sus años infantiles y candorosos.

Y así, durante algunas horas, olvidaba, era feliz. Pero vino el otoño con sus pertinentes lluvias y sus tormentosos vientos, que interrumpían sus expediciones á la torre de San Hermelando. Entonces pasó los domingos en casa de Roudic.

La dulzura de carácter de aquel niño había conmovido á la familia del obrero, la cual era muy buena para con él; Zenaida, sobre todo, cuidaba la ropa del muchacho con afán verdaderamente maternal, con la brusea actividad que la caracterizaba y que era la nota saliente de aquella pesadez de todo su ser. En el castillo, cuando iba á coser, no sabía hablar más que del aprendiz. El señor Roudic, por su parte, aunque sen-

tía cierto desprecio hacia la debilidad y la poca inteligencia obrera de Jack, solía decir:

—Pero así y todo, es un buen muchacho.

Únicamente le parecía que leía demasiado, y algunas veces le preguntaba riendo si estaba trabajando para hacerse maestro de escuela, ó cura. A pesar de esto, tenía cierto respeto, precisamente á causa de su instrucción. La verdad es que, exceptuando ajustar, el bueno de Roudic no sabía absolutamente nada; leía y escribía como cuando salió de la escuela, lo cual le mortificaba un poco desde que lo hicieron capataz y desde que se casó en segundas nupcias.

Su mujer era hija de un guardia de artillería, una señorita de pueblo, bien educada entre una familia numerosa y pobre, á la cual cada uno llevaba su parte de economía y de trabajo. Reducida á hacer aquella boda desproporcionada por lo que se refería á la educación y á la edad, había tenido hasta entonces por su marido un afecto tranquilo y protector. El, siempre adorando en su mujer y enamorado como un muchacho de veinte años, se hubiera de buen grado echado á los arroyos para evitar que ella se humedeciese los pies al pasar. La miraba enternecido, la encontraba más bonita, más coqueta que las mujeres de los demás capataces, las cuales eran casi todas fornidas bretonas, más preocupadas del arreglo de sus casas que de su tocado.

Clarisa tenía el tono, las maneras de las muchachas pobres acostumbradas por su trabajo á una elegancia relativa: tenía en la punta de los dedos, muy perezosos desde que se casó, cierto arte para arreglarse, para peinarse, que contrastaba con el aspecto monástico de las mujeres del país, que se encierran el cabello bajo unas

anchas tiras de lienzo y desfiguran el talle bajo los pliegues poco graciosos de sus sayas.

La casa se resentía también de esa elegancia. Detrás de esos grandes cortinones de muselina blanca que constituyen el adorno en todas las casas bretonas, relucían los muebles sencillos, limpios y adornados con algún ramo de flores, y algunas macetas de albahaca y de alelíes adornaban los antepechos de las ventanas. Cuando Roudic volvía del trabajo, experimentaba siempre una alegría nueva al encontrar la casa tan limpia y á su mujer tan cuidada como si fuese domingo. No se paraba á preguntarse por qué su mujer estaba inactiva, como si en efecto fuera día de descanso; por qué, una vez terminados los preparativos para la comida, se quedaba pensativa, mano sobre mano, en vez de coger la costura, como hacía toda mujer de su casa á quien el día le viene corto para cumplir todos los deberes que le impone el cuidado doméstico.

El pobre Roudic creía cándidamente que su mujer no pensaba más que en él cuando se ponía guapa, y en Indret lo querían todos para desengañarlo, para decirle que otro acaparaba todos sus pensamientos, todo el afecto de Clarisa.

¿Qué había de realidad en el fondo de todo aquello?

Jamás en esas conversaciones de pueblo que se tienen á la puerta de la calle, jamás se separaba el nombre de la señora Roudic del del nantés.

Si la cosa de que se hablaba era cierta, hay que decir, para excusar á Clarisa, que el nantés y ella se habían conocido antes de casarse.

El iba á verla á casa de su padre, acompañado de Roudic; y si el sobrino, aquel muchacho guapo de pelo

rizado, hubiera querido casarse en lugar del tío, seguramente que habría tenido todas las preferencias. Pero el guapo mozo del pelo rizado no pensaba en semejante cosa. No echaba de ver que Clarisa era seductora, fina y bonita, hasta que fué su tía política, una tía política á quien había tomado la costumbre de hablar siempre riendo y en tono de amable broma, de su singular parentesco, siquiera fuese porque él era algo mayor que ella.

¿Qué sucedió después?

Con las facilidades de la vecindad, de la intimidad permitida, de aquellos largos ratos de charla á solas por las noches, mientras el señor Roudic daba cabezadas apoyado en un pico de la mesa y mientras Zenaida se quedaba velando en el castillo, porque corría prisa algún vestido, aquellas dos naturalezas, igualmente atractivas y coquetas, ¿tuvieron la fuerza necesaria para resistirse? Esto era poco creíble. ¡Parecían tan hechos el uno para el otro!... ¡La languidez de Clarisa hubiera podido apoyarse tan bien en el robusto hombro del sobrino!.....

Sin embargo, y á pesar de las apariencias, la certidumbre no existía para nadie. Por otra parte, los culpables, ó mejor dicho, los acusados, tenían siempre sobre sí un par de ojos terriblemente abiertos: los ojos de Zenaida, que observaba hacia mucho tiempo aquel siniestro adulterio que iba desarrollándose en el hogar paterno.

Tenía maneras de evitar sus entrevistas, de llegar cuando menos la esperaban, de que indudablemente resultase, ella, una preocupación constante. Cansada del trabajo de todo el día, cuando llegaba la noche, ins-

talábase en una silla haciendo media, ante la alegría de su primo y los ensueños de sonámbula que tenía su madrestra, quien con su mirada distraída y los brazos caídos, pasaba la noche, y hubiera pasado toda su vida oyendo al apuesto dibujante.

Junto á la confianza ciega y absoluta del viejo Roudic, Zenaida aparecía el verdadero marido desconfiado y celoso: ¡y figuraos lo que sería un marido que fuese mujer, con todos los presentimientos y la clarividencia de la mujer!

Así es que la lucha resultaba terrible entre ella y el nantés; y la guerra de escaramuzas que se hacían abiertamente ocultaba sordas cóleras, misterios de antipatía. El bueno de Roudic se reía, considerando todo aquello como un resto de cariño no confesado y de galante parentesco; pero Clarisa, al oírles, tenía palideces, desvanecimientos de todo su endeble ser, que demostraban que se consideraba incapaz de luchar, y se desesperaba ante su propia falta.

En el momento de nuestro relato, Zenaida triunfaba. Había maniobrado tan hábilmente en el castillo, que el director, no pudiendo decidir al nantés á que se marchase á Guérigny, acababa de mandarlo á Saint-Nazaire para estudiar, por cuenta de la fábrica, las máquinas de nuevo modelo que estaban á punto de instalar los buques trasatlánticos. Era cuestión de algunos meses, el levantamiento de planos y la confección de dibujos. Clarisa no odiaba á su hijastra por aquella separación, que sabía era obra suya, sino que sentía, por el contrario, cierto bienestar. Era de esas que dicen: "Defendedme," en la languidez de su coquetería; y ya vemos que Zenaida se las arreglaba bien para defenderla.

Jack había comprendido desde los primeros días que entre aquellas dos mujeres había un secreto. Las quería á las dos igual. La alegría de Zenaida, hija de su valor y de su tranquilidad de alma, lo deleitaba, en tanto que la señora Roudic, más cuidada, más mujer, halagaba las antiguas costumbres de sus ojos, los instintos de su pasada elegancia. Encontrábalá cierta semejanza con su madre. Sin embargo, Ida era toda alegría: viva, charlatana, animadísima; y esta otra, silenciosa, reflexiva, una de esas mujeres cuya fantasía viaja tanto más cuanto mayor es la inactividad de su cuerpo. Además, no tenía facciones parecidas, ni semejante manera de andar, ni igual color de pelo. No importa, se parecían; y era un parecido íntimo, como el que resultaría de un mismo perfume echado á un vestido, de un mismo pliegue en los azares de un traje, de algo más sutil aún, que sólo un habilísimo químico del alma humana hubiera podido analizar.

Con Clarisa y Zenaida, el aprendiz se encontraba más á sus anchas que con Roudic, protegido por ellas, por esa distinción, ese refinamiento que en las clases obreras pone á las madres y á los hijos por encima de los padres y los maridos.

A veces, los domingos, ahora que el mal tiempo le impedía salir, leía para ellas.

Esto era en la sala baja, una habitación grande, adornada de mapas colgados de las paredes; de una vista de Nápoles, de colores rabiosos, de enormes conchas, de esponjas endurecidas, de moluscos disecados, de todos esos accesorios exóticos que la mar vecina, la llegada de los buques, vierten en aquel país dentro de las casas modestas. Pañitos de crochet en todos los muebles; un

sofá y una butaca de terciopelo de Utrecht, completaban aquel lujo relativo. La butaca, sobre todo, hacía las delicias del señor Roudic. Allí se instalaba cómodamente para escuchar la lectura, mientras Clarisa permanecía en su sitio de costumbre, junto á la ventana, en una actitud de espera y de melancolía, y mientras Zenaida, colocando aun por encima del deber religioso todas las exigencias de la casa, aprovechaba el domingo, que no iba á coser, para repasar la ropa de la casa, sin olvidar los trajes azules del aprendiz.

Jack bajaba de su desván con uno de los libros del doctor, y empezaba la sesión.

Desde los primeros renglones, los ojos del bueno de Roudic parpadeaban, se abrían desmesuradamente, y luego, fatigados por el esfuerzo, se cerraban por completo.

Aquel pícaro sueño, traía su desesperación; aquel sueño que se apoderaba de él en cuanto se quedaba quieto, en cuanto sentía aquel bienestar de hallarse sentado, del cual no tenía costumbre de disfrutar; sueño aumentado también por lo blando de la famosa butaca. Se avergonzaba á causa de su mujer, y de cuando en cuando, preocupado por esa idea, para hacer ver que escuchaba, que no dormía, hablaba en voz alta como si soñara. Hasta había adoptado una frase para aquella atención simulada: un "¡es asombroso!"... mal articulado, que llegaba siempre en los pasajes más ordinarios y que sólo servía para demostrar más claramente la ausencia completa de su espíritu.

Y es que tampoco eran nada divertidos los libracos de que el señor Rivals había atestado el baúl del amigo Jack. Traducciones de poetas antiguos, cartas de Séneca-

29887

ca, vidas de Plutarco, un Dante, un Virgilio, un Homero, algunos libros de historia, y eso era todo. Muy á menudo el niño leía sin comprender lo que leía; pero se empeñaba en continuar, estimulado por la promesa que había hecho y la persuasión de que los libros impedirían que bajase demasiado al nivel que lo rodeaba. Leía valerosamente, piadosamente, esperando siempre ver alguna luz que brillara entre los oscuros renglones, con el mismo fervor que la mujer piadosa emplea en la iglesia para leer su libro de misa, aunque esté en latín.

El libro que prefería entre todos, y que leía con más frecuencia, era "El infierno," de Dante. La descripción de todos aquellos suplicios le impresionaban. Mezclábase en su imaginación de niño el espectáculo que todos los días tenía á la vista. Aquellos hombres medio desnudos, aquellas llamas, aquellos grandes fosos de la fragua por donde el metal fundido corría como ríos de sangre, veíalos pasar por las estrofas del poeta, y los crujidos del vapor, el chirrido de las sierras gigantes, los golpes sordos del martillo retumbaban en los humeantes departamentos, hacían que se parecieran, para él, á los antros del infierno.

Un domingo Jack leía ante su auditorio ordinario un pasaje de su poeta favorito. Como de costumbre, el señor Roudic se había dormido desde el principio, conservando aquella bondadosa sonrisa de interés, cuya forma había aprendido su boca, y que le permitía decir sin despertar: "¡Es asombroso!" Las dos mujeres, por el contrario, seguían la lectura con una atención profunda é impresiones diferentes.

Era el episodio de Francisco de Rimini:

"No hay dolor más grande que acordarse de los tiempos felices cuando se está en el infortunio".....

Mientras el aprendiz leía, Clarisa inclinaba la cabeza temblando. Zenaida, con las cejas fruncidas, erguida en su silla, tiraba de la aguja con furor.

Aquella poesía grandiosa, atravesando el silencio de aquella humilde morada de obreros, parecía estar á muchos cielos por cima de ellos, de sus impresiones, de sus ocupaciones, de su vida ordinaria; y, sin embargo, al pasar por allí, removía mundos de pensamientos, tocaba en aquellos corazones, y, semejante al rayo poderoso, llevaba consigo una electricidad peligrosa, llena de caprichos y de rarezas.

Las lágrimas brotaban de los ojos de la señora Roudic escuchando aquella historia de amor. Sin notar que su madrastra lloraba, cuando concluyó el relato, Zenaida fué la primera que habló:

—¡Vaya una mujer mala é imprudente, dijo indignada, que se atrevía á relatar su crimen y á envanecerse con él!

—Verdad que era muy culpable, respondió Clarisa; pero muy desgraciada también.

—¿Desgraciada ella?... No diga usted eso, madre... ¡Cualquiera diría que compadece usted á esa Francisca, que amaba al hermano de su marido!.....

—¡Sí, hija mía! Pero lo amaba antes de casarse, y le habían obligado á casarse con un hombre á quien no quería.

—Obligado, no; y una vez casada, tenía el deber de serle fiel. El libro dice que era viejo; pero á mí me parece que esa era una razón para que lo respetase más

y evitar que los demás se riesen de él. ¡Bien hizo el viejo matándolos á los dos! Se lo merecían.

Hablaba con una violencia terrible, con todo su amor de hija, todo su honor de mujer sublevados y también con ese cruel candor de la juventud que juzga la vida según el ideal que se ha forjado, sin conocer, sin prever nada todavía.

Clarisa no contestó. Había levantado la cortina, y miraba hacia la calle. Roudic, medio despierto, abría un ojo y exclamaba: "¡Es asombroso!" Jack, con la mirada fija en el libro, pensaba en lo que acababa de leer y en la discusión acalorada que había promovido su tectura. ¡De modo que en aquel medio ignorante y humilde, á cuatrocientos años de distancia, la inmortal leyenda de adulterio y amor, leída por un niño que apenas la comprendía, encontraba un eco inesperado! Y esa es la verdadera grandeza, el verdadero poder de los poetas: dirigirse á todos en la historia de una solo, seguir, en la apariencia inmóvil, todos los viajes de la vida, como la luna en las noches hermosas parece levantarse al mismo tiempo por todos los puntos del horizonte acompañada de una piadosa ternura, de una mirada amistosa, iluminando todas las veredas aisladas, todos los recodos del camino.

—¡Ahora sí que estoy seguro; es él!.... dijo Jack de pronto, dando un salto en la silla.

Por la callejuela de obreros acababa de pasar una sombra, á la vez que se oía una voz bien conocida del muchacho.

—¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!

Echóse á la calle precipitadamente, pero ya Clarisa lo

había precedido; y cuando él salía, ella entraba estrujando una carta entre sus manos....

El vendedor ambulante iba ya lejos, á pesar de su espantosa cojera y el enorme montón de gorras y de sombreros de fieltro, bajo el cual caminaba, doblándose por la mitad, porque la carga de invierno era mucho más pesada que la de verano. Ya iba á doblar la esquina del muelle, cuando Jack gritó:

—¡Eh! ¡Belisario!.....

El otro se volvió, con la fisonomía animada por su habitual sonrisa bondadosa.

—Ya sabía yo que era usted. ¿Qué hace por aquí Belisario?

—Pues nada: lo de siempre, señorito Jack. Mi padre quería que me estuviese en Nantes, porque se encontraba enfermo el marido de mi hermana. Por darle gusto me detuve allí. Hago excursiones á todos lados: á Chatenay, á la Indre baja. Por todos esos sitios hay una porción de fábricas, y el negocio no va muy mal. Pero aquí es donde más vendo. Además, hago encargos también para Nantes y para Saint-Nazaire, añadió guiñando el ojo y señalando hacia casa de Roudic, que se hallaba próxima al sitio donde estaban hablando.

Belisario estaba bastante satisfecho. Enviaba todo el dinero que tenía á París para su padre y para los niños. La enfermedad de su cuñado le costaba mucho dinero también; pero trabajando todo se arreglaba y se iba saliendo adelante, y si no hubiera sido por los pícaros zapatos.....

—¿Qué? ¿Le siguen á usted haciendo daño? dijo Jack.

—¡Oh! Siempre..... Sabe usted que para que no me molestasen tendría que mandarme hacer unos á la

medida; pero eso es muy caro y sólo pueden hacerlo los ricos.

Después de hablar de sí mismo Belisario, titubeó un momento, y luego preguntó á su vez:

—¿Qué le ha sucedido á usted, señorito Jack, para que me lo encuentre hecho un obrero ahora? ¿Qué bonita era aquella casita que tenían ustedes!

El aprendiz no sabía qué contestar. Se avergonzaba de sus manos ennegrecidas y de su traza de obrero. Entonces el vendedor ambulante, viéndolo turbado, se interrumpió:

—¿Qué bueno estaba el jamón, eh! Y aquella señora, que parecía tan buena, ¿cómo está? Era su mamá de usted, ¿no es verdad? Se parece usted mucho á ella.

Jack sentíase tan feliz oyendo hablar de su madre, que se hubiera estado allí en la calle todo el santo día siguiendo la conversación; pero Belisario no podía entretenerse. Acababan de darle una carta muy urgente para llevar á su destino... Y seguía guiñando el ojo y mirando á la misma ventana... Tenía que marcharse.

Diéronse un apretón de manos, y el vendedor se marchó, encorvado, cojeando, con aire de enfermo, levantando los pies á cada paso como un caballo cojo, y Jack lo seguía con una mirada enternecida, como si estuviese viendo el camino de Corbeil, con su florido bosque, desarróllándose bajo las pisadas fatigadas de aquel judío errante buhonero.

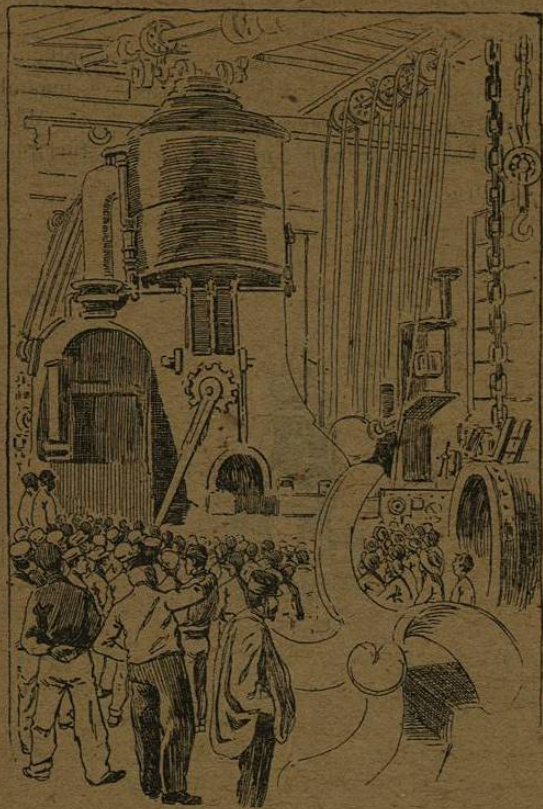
Cuando el aprendiz volvió á entrar, la señora Roudic, muy pálida, lo estaba esperando detrás de la puerta.

—Jack, preguntó en voz baja, con labio tembloroso: ¿qué te ha dicho ese hombre?

Contestó que se habían conocido en Etiolles, y que habían hablado de sus padres.

Ella dió un suspiro de consuelo. Pero aquella noche estuvo pensativa, aún más, que de costumbre, más abrumada, más fatigosa. Parecía que el peso de su rubia cabellera había aumentado con el de algún terrible remordimiento.





Acababan de terminar una soberbia máquina...



III

Las máquinas.

“Castillo de las Aulnettes, por Etiolles.

“No estoy contenta de ti, hijo mío. El Sr. Roudic acaba de escribir á su hermano una larga carta hablando de ti, y aun ha-

ciendo el mayor elogio de tu dulzura y de tu buena educación, declara que, desde que estás en Indret, no has hecho el menor progreso, y que decididamente no le parece apto para el oficio de herrero. Ya te figurarás la pena que esto nos ha causado. Si tú no sales adelante con todas las buenas disposiciones que esos señores habían notado en ti, es porque no trabajas, y esta mala voluntad nos sorprende y nos aflige.

UNIVERSIDAD DE QUEVEDO LA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925. MONTAÑANA, BARRA